

**Un susurro al amanecer**  
**XXVII**  
**Por las huellas que dejé en la arena**

**José Antonio Iniesta**

Aunque he regresado a casa, tengo todavía el oleaje del mar en mis pies, la espuma marina entre mis dedos, y ese viento venido de lejos que remueve mis cabellos. Me ha quedado el cálido sol de buena mañana calentando mi piel bronceada, elevándose sobre el horizonte de agua en forma de disco rojizo hasta convertirse en emanación de luz dorada.

Y es por eso que se han quedado sus palabras grabadas en mi corazón, esa invitación a la *metamorfosis* de la que me hablaba. Porque el Sol, el Padre Sol, bien sabe Dios que habla, y de forma bien clara, por más que cada uno tenga que descubrir por sí mismo el misterio que encierra, el porqué de su lenguaje, la forma en que transmite una sabiduría ancestral que algunos en el pasado, y muy pocos en el presente, han sabido escuchar.

Nos hace falta tanto valor para descubrir que todo habla en el Universo, sea cual sea su lenguaje... Nos hace falta tanta entrega para darnos a nosotros mismos, y así recibir el inmenso regalo de la vida que contiene cada ser sobre la faz de la Tierra, cada partícula del Cosmos por entero, cada brizna de hierba, insecto o incluso ola que me llegaba como ofrenda de todo un mar por entero...

No está el milagro en las cotizaciones de bolsa, ni en las cuentas corrientes, ni en la prisa diaria, sino en ese silencio que ponía cada mañana al levantarme, al rayar el alba, al elevarse el hermoso disco dador de vida sobre la entraña de agua inabarcable. Era entonces cuando las huellas que iba dejando en la arena me hablaban de todos los pasos que había dado hasta llegar allí, y en la arena limpia que tenía por delante, que no había sido pisada por ser humano alguno, barrida a cada momento por las olas, imaginaba lo que sería mi futuro, la forma en que habría de encaminar mis proyectos para hacer de ellos una herramienta de trabajo con la que ayudar a la transformación del mundo.

Estaba la magia en los cuatro elementos que me abrazaban: el fuego del sol, la tierra de la arena, el agua del mar, el aire del viento que me tocaba con tanto respeto. Y así cantaba, con mi pequeña de seis años, una enésima canción que nos vinculaba a la alquimia de los elementos: *fuego, tierra, agua, aire... fuego, tierra, agua, aire... fuego, tierra, agua, aire...*

Cuando se pone el corazón en el camino, el sendero se abre al misterio, y todo aquello que uno encuentra anhela ser comprendido, ser descubierto, ser reconocido.

Estaba el milagro en cada uno de los momentos en que me agachaba para recoger una concha marina, una retorcida caracola. Estaban enterradas en la arena o venían empujadas por el agua. En ocasiones dormían un sueño milenario en la arena apretujada contra la escollera. Otras veces las veía arremolinarse dentro del agua. Todo aquello era el interior de un cofre abierto, un tesoro entregado generosamente que encendía mis ojos convirtiéndolos en ascuas ardientes, pues bien sabe el cielo que hay pocas cosas en este mundo que me produzcan más paz y alegría que encontrar caracolas en una playa y acceder a los tiempos remotos a través de la geometría sagrada de estos cuencos en los que duerme el Tiempo, donde la matemática sagrada se mineraliza y se ordena por el prodigio de la armonía, para cifrar, en espirales, la dinámica del tiempo, del proceso evolutivo, del propósito primero y último de cada una de las especies, del puente interminable entre el cielo y la tierra, de todo proyecto encaminado hacia un fin más elevado.

Por eso, físicamente, miles de caracolas de toda clase, forma y color, vinieron conmigo, para compartirlas con otras personas como regalos, para convertirlas en arte en cualquiera de sus expresiones, para contemplarlas y seguir viajando a través del Eterno Presente al banco de información interminable de los archivos akáshicos. Pero aunque nadie lo vea, ni pueda tocarlo, ni olerlo, ni escucharlo, me traje el viento que me acompañaba cada mañana, la arena en los pies, la sal marina, el vuelo de las gaviotas y el susurro interminable de mi padre Kinich Ahau, el Sol, Ra, Atón, Inti, memoria eterna de sabiduría, fuente de vida interminable, registro cósmico de lo que fue y de lo que ha de acontecer.

En este recuerdo que me traje conmigo, para siempre, está el milagro...